

## A modo de pórtico

Cuando Claudio Guillén me abordó hace unos años para que colaborase en su proyecto editorial de la Biblioteca de Literatura Universal con una edición del Inca Garcilaso, no pude sino ceder a la tentación de aceptar. Pese a que la tarea que se me venía encima me parecía apabullante por su alcance: una edición anotada de los *Comentarios reales* y *La Florida*. Pero la oportunidad de estar otra vez a solas con el Inca después de tantos años de enseñarlo en clase, y a años luz de aquel primer deslumbramiento que la lectura de los *Comentarios* me ocasionaron de estudiante, no era para pasarla por alto. Volver al Inca. El caserón solariego de Montilla y el azul imposible del Cuzco se instalaron de manera rotunda en mi imaginación y retorné a mi primera pasión andina, tras largos años de caminar de la mano de Guaman Poma. A mediados del 2003 Espasa-Calpe dio a la luz el fruto de mi regreso al Inca, en una hermosa publicación, digna de su sello editorial. Pienso que posiblemente lo que singularice esta edición anotada de las dos obras de Garcilaso sea la perspectiva antropológica y andinista que la animó. Comienzo estas palabras liminares recordándola, pues no tardaría en convertirse, junto a otro de mis libros más recientes (*Para decir al Otro: literatura y antropología en nuestra América*, 2005), en germen de las reflexiones que nutren el libro que hoy les ofrezco. Aunque abordé tangencialmente otras obras de Garcilaso, he querido centrarme en los *Comentarios reales*. La razón es clara: el carácter etnológico de la primera parte del libro emblemático de nuestro autor. Sin perder de vista la importancia de su segunda parte, mejor conocida como la *Historia general del Perú*, cuyo final nos da una lección: la de la coherencia magistral de los *Comentarios reales* considerados en su integridad.

¿Por qué el Inca? Lo que he contado hasta aquí sólo responde la pregunta en términos anecdóticos. Quisiera ir más allá. Primero

que nada, porque se trata de un gran escritor. Su pasión por la belleza se traduce en una prosa elegante y tersa, que puede leerse como reciente. Se manifiesta en la atención que pone en la traducción del quechua. En su honda vena poética, que produce frases memorables con las que expresa pudorosamente su dolor por el coloniaje: “trocósenos el reinar en vasallaje”, “desta república, antes destruida que conocida”... También en el barthiano placer del texto que le hace interrumpir su narración para incluir cuentos cortos, modélicos del género, como aquél de la venganza de Aguirre o el otro sobre el Robinson Crusoe andino, así como estampas líricas y alegóricas. En la obsesión por la simetría, que le mueve a equilibrar la extensión de sus capítulos. Y en la creación de personajes inolvidables, como su mentor, el Inca viejo.

¿Por qué el Inca? Otra respuesta está en la modernidad de su vocación interdisciplinaria. Para rescatar la memoria del mundo de su madre, la princesa incaica Isabel Chimpu Oello, se convirtió en traductor, lingüista, filólogo, pero sobre todo, en antropólogo *avant la lettre* o traductor de culturas. Como Pané, Sahagún y Guaman Poma, sentó los cimientos de la disciplina etnológica, iluminando nociones rectoras de la cultura andina que van del orden económico y social hasta el simbólico. Pero para reescribir la conquista española del Perú, no le quedó otra que convertirse en historiador.

¿Por qué el Inca? Nada menos porque inicia el canon literario hispanoamericano. Aurelio Miró Quesada considera los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega como la obra más importante de la literatura peruana. Para Menéndez y Pelayo se trata del “libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito”. Aludidos por el mismo Cervantes en su Persiles, hoy los *Comentarios* han quedado consagrados tanto como fuente primaria para la antropología y la historia del mundo andino, como para las letras hispanoamericanas. Los abordan con confianza importantes andinistas: antropólogos como John V. Murra y Tom Zuidema, e historiadores como Raúl Porras Barrenechea, Franklin Pease G. Y. y Juan Ossio; y, con admiración, literatos del calibre de José Durand, el ya mencionado Miró Quesada, José Juan Arrom, Raquel Chang-Rodríguez, Enrique Pupo-Walker, Margarita Zamora, Roberto González Echevarría, Doris Sommer, Julio Ortega...; e incluso psicoanalistas como Max Hernández. Una de las dimensiones de los

*Comentarios reales* que más interés genera hoy, quizá por los continuos exilios de la posmodernidad, es la de su hibridez o biculturalidad, que han estudiado con lucidez Antonio Cornejo Polar, José Antonio Mazzotti y Christian Fernández. Pero más allá de los logros de la crítica garcilasista, quizá la consagración mayor del Inca se deba a tantos lectores entusiastas, que mantienen viva —y sobre todo joven— su obra magna, cuatrocientos años después.

¿Por qué el Inca? No sólo inicia el canon literario; también es uno de los puntales de la corriente literaria que inicia nuestras letras hispanoamericanas y que todavía palpita con fuerza, la de la traducción de culturas. Este libro se propone examinar las proyecciones del quehacer garcilasiano como traductor, no sólo de la lengua quechua, de la tradición oral andina y de la poesía incaica, sino de todo un mundo que ve en peligro de desaparecer. “Se canta lo que se pierde”, diría Antonio Machado.

Pero aún hay otra respuesta a la reiterada pregunta. Y ahora hablo como puertorriqueña. El Inca está muy cerca de nosotros, no empece el aparente exotismo que los Andes puedan tener en el imaginario caribeño. Se trata de un hombre colonizado, cuyas estrategias de supervivencia y de recuperación de la dignidad, detonantes de la retórica del silencio, la entrelínea, la ironía, el tópico de la falsa humildad y, sobre todo, el arte de la glosa, producen, para emplear la frase de Lezama Lima, un singularísimo arte de contraconquista. En otras palabras, lo que Josefina Ludmer llama las tretas del débil. Para decir lo que le viniera en gana, y que la censura no lo pudiera impedir. Guaman Poma —otra maravilla andina— gritó y vociferó desde la palabra y la imagen, y lo silenciaron durante tres siglos; Garcilaso, con su sabia elegancia de humanista, dijo y desdijo, convirtiéndose en autor canónico desde su primer libro, la mejor traducción española del toscano de los *Diálogos de amor* de León Hebreo.

Lo que me lleva a la pulsión que late tras el presente ensayo y mis otros estudios garcilasistas: la perplejidad. Me refiero a las dificultades que tuve de estudiante para aceptar las contradicciones de un cronista que celebraba a la vez el Imperio incaico y su destrucción. Dificultades que año tras año, al enseñar la obra en clase, encuentran los alumnos que por primera vez se enfrentan a ella. Hoy empezamos a entenderlas: son las contradicciones que tanto el mestizaje

como el coloniaje le imponen a la escritura del Inca, y que redundan en negociaciones descolonizadoras que harían las delicias del pensador martiniqués Franz Fanon, quien ha calado como nadie en los vericuetos psicoanalíticos de la mentalidad colonial. También deleitarían a Arcadio Díaz Quiñones, autor de un enjundioso ensayo sobre la palabra nacional puertorriqueña: bregar. La obra del Inca constituye, pues, un originalísimo arte de bregar andino: recordemos que la multifacética palabra alude, sobre todo en Puerto Rico, colonia sucesiva de dos imperios, como la llamara Luis Rafael Sánchez en *La guaracha del Macho Camacho*, a negociar en condiciones de inferioridad. En el caso del Inca, se trata de negociaciones convertidas con suprema maestría en materia literaria. A la vez, estas contradicciones también son la consecuencia necesaria de la difícil tarea de la traducción de culturas.

Como nosotros es mestizo, y se lo llamó a boca llena, con un orgullo premartiano, precarpenteriano. Su mestizaje, como el latinoamericano, tiene mucho más de agonía que de armonía, por mucho que el ideal renacentista de la concordia pusiera sordina tantas veces a su dolor. También nos resulta conmovedora su pasión de utopía: como quien no quiere la cosa, y pese a su adhesión explícita a la conquista (de todos modos no podía dejar de ser hijo de su padre), denunció la muerte del último líder de la resistencia incaica, Túpac Amaru, como la mayor tragedia acaecida en el reino del Perú, por considerarlo el legítimo heredero del trono incaico. De ahí que sus *Comentarios reales* fueran prohibidos durante unos años por Carlos III, pues sirvieron de lectura inflamatoria de los ánimos rebeldes de los indios capitaneados por el segundo Túpac Amaru en su sublevación mestiza de 1780; y que hoy reconozcamos en Garcilaso uno de los autores pioneros —el otro es Guaman Poma— del ciclo de Inkarrí, que promete el regreso mesiánico del Inca rey.

¿Por qué el Inca? Porque, generosamente, convierte su propio dolor en luces alumbradoras para los demás, para emplear la afortunada frase de Eduardo Galeano, al hablar hace años del cantor uruguayo Alfredo Zitarrosa, suturando la herida nunca curada del coloniaje con el milagro de la palabra escrita.

¿Por qué el Inca? Porque nos estremece su valiente lucha contra el olvido. Tras graves humillaciones, como la del repudio de su madre, princesa incaica, por el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega,

su padre, o como la del Consejo de Indias de Madrid, que le deniega el derecho a la herencia paterna por hallar a su progenitor sospechoso de traición a la Corona, se declara Inca y construye un monumento literario al mundo materno, en peligro de extinción. Y lo hace desde la dignidad andina que aún pervive hoy, manifiesta en versos como aquéllos de un huayno quechua que rescatara Arguedas en 1946, y cuya belleza surrealista —que late en la traducción del autor de *Los ríos profundos*— apunta a una despedida que se quiere postergar hasta lo indecible:

Hoy es el día de mi partida.  
Hoy no me iré, me iré mañana.  
Me veréis salir tocando una flauta de hueso de mosca,  
llevando por bandera una tela de araña.  
Será mi tambor un huevo de hormiga.  
¿Y mi montera?  
Mi montera será un nido de picaflor.

Y nada más. Desde el Caribe, los Andes no parecen tan lejanos.

Mercedes López-Baralt  
Universidad de Puerto Rico